**El exterminio de las mafias**

 **(Este artículo es el tercero de la serie y debería leerse después de los que aparecen más abajo)**

Carlos Morales

Los diferentes tipos de mafiosidad, o comportamiento delictivo organizado, pueden ser tan dispares como lo es el género humano. De modo que en estos textos no hemos querido identificar a la mafia siciliana con las mafiecillas políticas locales, solamente hemos intentado relacionar la manera cómo ambas se engendran, cómo acceden al poder, cómo carecen de dignidad aunque dicen actuar en su nombre, y cómo permean todo el tejido social.

Mientras la mafia siciliana era (o ¿es?) disciplinada, sistemática, coercitiva y ambiciosa; los grupúsculos locales suelen ser dispersos, libertinos, mediocres y cortos de mira. Cuando están en los partidos políticos van desde el reparte-almuerzos que quiere ser chofer de un alcalde, hasta los banqueros agiotistas que le sacan el jugo al TSE y cada cuatro años agrandan su fortuna con los bonos de la deuda.

Está claro que ese politiquillo que pegó banderas en 1970 y saltó luego a regidor, viceministro, consultor y diputado, a cargo de los fondos de la mano izquierda, no es un Giuseppe Bonanno ni el capo Don Corleonne.

Y por supuesto que las condiciones políticas distintas entre Costa Rica y el Lacio originan fenómenos delictivos diferentes, pero no es vana la comparación y contraste de conductas para intentar explicar los tipos de corruptela que originan, y para mostrar cómo combatirlos o exterminarlos. La historia siempre es didáctica, incluso cuando se convierte en farsa, como en este caso.

En dos o tres épocas distintas, las mafias criminales de Italia se auto aniquilaron… Conforme iba creciendo su ambición de poder o de dominio económico-territorial, chocaron entre ellas y se enzarzaron en escandalosos actos de violencia que todavía asustan.

Se reconocen, por lo menos, dos grandes guerras entre la mafia italiana (1962-69 y 1979-82), y tras ambas matanzas las comisiones secretas se diluyeron por buen tiempo. Fueron aquellas batallas inmarcesibles de los “tiempos del plomo”, cuando los *capofamiglia* bañaron de sangre la bota italiana y también algunas calles de Manhattan, Brooklyn y Chicago.

De modo que el exterminio también puede ser variado, como ocurrió con la gobernanza fascista de Benito Mussolini, quien a pura bayoneta calada terminó con los bandidajes imperantes en el Palermo de 1922. Esta fórmula autoritaria, adaptada al trópico y con guante de seda, es un poco la que recomienda don Alberto Cañas para acabar con la estulticia, reorganizar el estado y, luego de unos días, sin Asamblea Legislativa, expulsar a los semovientes de la cancha y retomar el cauce democrático con gente acaso más pensante.

Aunque radical, no piensen que es una locura del ilustre periodista. Ya se sabe que los griegos clásicos (no los de ahora que están muy jodidos) cuando se empantanaban en un tiempo de crisis o en una guerra, desarticulaban el gobierno “democrático” de la polis y nombraban un dictador para que con poderes plenipotenciarios pusiera orden en la ingobernabilidad.

Sería como decir que, para terminar y aclarar todo lo que tiene que ver con la trocha fronteriza, las mordidas, la ley de tránsito, el hoyancón de la pista y hasta con la infatigable platina, se nombre un patriarca omnipotente, probo y estudiado, y se le den tres meses para resolver todo lo relativo a esos males de nuestro Apocalipsis. (Don Beto dice que quince días, pero yo creo que sería poco).

Todo ese descalabro que estamos sufriendo y que no parece encontrar su rumbo, tiene que ver en cierta forma con el enquistamiento de las mafias en la cosa pública. Ya está dicho, no son mafias asesinas como las de Nápoles o Chicago, pero son argollas más o menos organizadas que actúan en función de sus intereses y cuyo delinquir se repite aunque cambien los gobiernos.

Si los empleados intermedios observan que sus superiores se enriquecen y llevan la gran vida de carro con chofer, avioneta en el patio, del sillón al avión y de pura francachela, pues no harán otra cosa que emularlos y entonces el círculo perverso se expande.

Cuando las mafias empiezan a insertarse en el aparato político y productivo, casi nadie se da cuenta. A veces ni ellas mismas, pues se auto proclaman honorables y, como todo pavo real tornasolado, nunca se mira las patas (Darío dixit). Su razón de ser es la permanencia en el cargo, el dominio de las tácticas y estrategias para usufructuar del poder o la deuda política, y jamás el engrandecimiento del estado, aunque pregonan su espíritu de servicio. Del clientelismo pasan al soborno, de la *omertá* al contrabando y por ese camino a las drogas. De allí que la telaraña se vuelva inmensa y casi todos terminamos como moscas atrapados en ella.

Lo que don Beto propone es cortar la podrida red (mafia, le digo yo) de un hachazo, pero esto no es cosa fácil. Los primeros que tratarán de impedirlo son los que chupan de ella. Ya han aparecido algunos. Y, por otro lado, destrozarla representa casi el derrumbamiento de todo el sistema político imperante, por lo cual no se vislumbran métodos constitucionales para el golpe de mando.

Y estamos un poco como en Italia mafiosa.

En agosto de 2001 Pietro Lunardi, Ministro de Infraestructura desató una tormenta mediática cuando dijo que “Italia tiene que aprender a vivir con la mafia y cada uno debe abordar el problema del crimen a su manera”, lo cual –*mutatis mutandi*– es como decir que tenemos que aguantarnos a los diputados mediocres, a los políticos ladrones y a los pegabanderas estafadores, *per sécula seculorum*, pues entre los partidos políticos nuestros impera, como en la Sicilia finisecular, aquella cobertura del *mangia e fai mangiare* (come y deja comer), que aquí todos tenemos que sobrevivir.

En julio de 2002, el fiscal jefe de Palermo señaló que “el 96 por ciento de los contratos en el sistema anticorrupción de licitaciones, estaba amañado” y según un informe de los carabineros basado en un mafioso confeso, “paralelamente a la autoridad del estado, existe un poder más incisivo y eficiente que actúa, se mueve, hace dinero, mata e incluso dicta sentencias, todo ello a espaldas de las autoridades”. (¿Recuerdan a John Biehl y las secuelas del fideicomiso AID con el Iran-Contras?).

Claro que esto no es Italia, pero se trata de no llegar hasta ese extremo. Se trata de procurar el extermino de nuestras nacientes y pueblerinas mafias antes de que nos exterminen ellas a todos.

Una experiencia que tuvo bastante éxito en Italia fue el gran proceso judicial, conocido como el “macrojuicio”, que en 1987 llevó a las Cortes a 474 acusados, de los cuales 360 fueron condenados a la bicoca de 2665 años de cárcel. Esto permitió reconocer a la Mafia como una realidad de la cultura italiana (se requirieron 130 años para admitirlo), se logró poner tras las rejas a muchos de sus *capomandantes* y se aplacó bastante su injerencia en la vida productiva del país. Claro que en el camino quedaron sacrificados muchos héroes, como el implacable juez Giovanni Falcone y todos los *pentiti* que aportaron datos para el conocimiento de la secreta organización.

En nuestro país se requiere una vuelta a los auténticos valores, a aquella dignidad de nuestros patricios que desdeñaban el dinero y la gloria (Julio Acosta, Otilio Ulate) cuando no eran bien habidos. Un retorno a la educación cívica, a la honradez general como *modus vivendi*, a la supremacía del Ser sobre el Tener. Y talvez con eso no tengamos que andar buscando esa proteica fórmula mágica para ejecutar el inaccesible referéndum que nos permita sacar las vacas del potrero, como lo pregona don Beto con insistencia.

Y claro, en vez de meterse a la mafia, mejor será dedicarse a la hidroponía, aunque sea de “marilacha”, que de por si falta poco para que la anuncien como el Marlboro.

---------------------

***Nota bene:***

*Para una visión académica de las mafias organizadas en los partidos políticos de Costa Rica, puede acudirse a Blanco Lizano Randall, en* Revista de Ciencias Sociales *de la UCR, número 172; y para una historia totalizadora de las mafias sicilianas, véase* Cosa Nostra *de John Dickie, editorial Mondadori, 2006.*

Este artículo es el tercero de una serie. Los dos anteriores se pueden consultar en [www.carlosmoralescr.com](http://www.carlosmoralescr.com)

 **Julio de 2012.**